

Un pintor de fin de siglo

Arturo Camacho



La pintura contemporánea exige del artista superar las técnicas y temas tradicionales para hacer frente al totalitarismo ideológico que caracteriza a este fin de siglo; requiere de elementos eficaces que la hagan destacar dentro del caos visual sin perder su idea del arte como antídoto contra la descomposición social que vivimos.

La pintura de Davis Birks (Seattle, 1957) se inscribe dentro de una nueva narrativa en la que confluyen temas de la cultura occidental, elementos del cine y la televisión y la reflexión existencial. Dibuja con el color escenas que en conjunto pueden verse como panorámicas de la civilización posindustrial. Sus temas principales se relacionan con la sociedad contemporánea y su narrativa es una propuesta filosófica que cuestiona al espectador respecto a los valores humanos actuales. Los personajes no tocan piso: están en movimiento en el aire, lo que proporciona un equilibrio dinámico a sus composiciones.

La técnica utilizada por Birks es una mezcla de pinceles de tela y sus propios dedos, con los que consigue veladuras que le dan un carácter expresionista a su obra. Los colores aparecen diluidos para acentuar el ritmo y la intensidad de un dibujo contenido en la pintura. Nos propone una estética basada en imágenes significantes y una composición cinética. Cada obra es una historia completa en donde los capítulos pueden manejarse a capricho del espectador. Davis ha creado un lenguaje original al conjuntar en un todo a la pintura como síntesis de la cultura y detonante del pensamiento, lo que nos permite ubicarlo como uno de los artistas más importantes de su generación en Norteamérica y en México, donde ha desarrollado su obra en los últimos cinco años. ♦

Poema

Ricardo Yáñez

Te amo con el sol, con la marea,
te amo con las barcas y con los pelícanos,
te amo en los muelles derruidos y en las estrelladas noches,
te amo como amo a las carreteras y a los aviones,
como amo a los teléfonos y a las máquinas de escribir
y como esta mañana amé a la rosa roja que tirada encontré
y recoger no quise, rosa muy roja y sumamente abierta,
a la sombra de una banqueta y de los eucaliptos,
te amo como a la sorpresa del amor y te amo asimismo y también
como a los caracoles que he venido encontrando en mi camino,
te amo como a la torpeza de los que no saben hablar y como amo
el olor de las cabras, los listones azules y la voz de Fats Domino,
te amo como a los solos de cello para Bach
y como amo
los celos de quienes sí tienen razón, te amo
más mucho más que a la palabra todavía y te estoy amando
ahora como una piedra que llegó a ser preciosa ama,
supongo, ese preciado suceder. Sólo una duda tengo: si te amo
como tú me amarás.

De polvo y animal

Enoé Eréndira



A Gabriel Larios

La casa de Lorenzo está situada en lo alto de la ciudad lagarto, allá donde no se sabe si empieza o termina el laberinto, porque aún no puede precisarse cuál es la cabeza y cuál la cola del animal. La ciudad tiene por calles inacabables lonas que suben y bajan como resbaladeros hacia ninguna parte y más de alguna vez sus propios habitantes se pierden o se encuentran inesperadamente; parece como si alguien estuviera jugando eternamente a las serpientes y escaleras y se divirtiera manejando las vidas y los espacios de la localidad. También las casas tienen infinidad de recovecos, aunque cada una de ellas cuenta con su propio diseño para la sorpresa: sus pequeños o grandes laberintos que sortear. Quiénes conocen más de la urbe afirman que sólo para algunos el tiempo aquí es ilimitable, sin embargo todos y cada uno —tarde o temprano— encuentran su paraíso o su averno.

Cuando nosotros tres fuimos a conocer estos parajes teníamos como expectativas la búsqueda del verbo y del estilo; creíamos, como muchos soñadores, ser poetas y escritores. El día de nuestra llegada los pobladores empezaron a planear otros caminos —según ellos porque a esos ya los conocían—, y la llamaban ya la ciudad de polvo debido al uso interminable de sus toboganes y al roce constante de los muertos, porque a todo aquél que muere se le avienta y de tanto desgaste se va convirtiendo en corpúsculo hasta desintegrarse. Este viaje no tiene un final, salen hacia el cosmos como una especie de estornudo o de vaho dulcísimo, según la fuerza con que se les empuja. Al recodo de los caminos hay escaleras largas que sólo son utili-

zadas por la romería que baja a ver qué tipo de fin tienen sus muertos, y de esta manera saber si habrá festejo o no: si es un empujón brutal, los deudos suben por las lonas, lo cual es ya una penitencia, pero si apenas se siente un aire fugaz, entonces regresan de bajadita cantando algún folklore, amarraditos con sus propias voces para no perderse.

De tanto viaje entre el polvo, el calor y ese incontable eco de conversaciones que nos hacía inventar historias, decidimos sentarnos al pie de un tobogán: cansados y hambrientos, no podíamos sostenernos y esto era realmente un infortunio para nuestras ya débiles extremidades. Fue cuando pasó por ahí Lorenzo, filósofo y albañil originario de otras tierras, quien hechizado por la construcción de la ciudad había decidido hacia algunos años quedarse a vivir en ella. Nos presentamos y después de beber un licor de buen vuelo nos invitó a su casa; el único problema era encontrarla, podíamos pasar días o meses buscándola. Aún así lo seguimos. Después de varias semanas dimos con el lugar. Hay en el corredor de la entrada una serie de litografías de Doré sobre el Quijote, dice Lorenzo que para invitar a los naufragos desconocidos a luchar con aquello que aquí sí es posible, es decir, cuando el animal se sacude el hombre y las cosas mismas cambian de sitio; de pronto el que estaba en su casa ahora está entre los colgantes verdes prados o suspendido de algún nubarrón sediento. La lucha de la que él habla es entonces de tipo interno si se trata de un espejismo, o externo si se trata de un objeto o animal amenazante. La casa tiene una vista poco común y nunca es la misma: en cada habitación hay puertas que tienen como hojas espejos por ambos lados. De esta manera los cuartos conservan diversas mul-

tiplicidades, hecho que nos hacía discutir el paso siguiente porque, o nos llevaba a otra habitación, o caíamos al abismo de otras lonas citadinas u hogareñas.

Fue en una de las tantas habitaciones que nos encontramos con el Templo de la Palabra, un lugar donde los demonios de la lengua manifiestan su inconformidad histórica debido al poco homenaje que se les rinde. Sus rayos lunares, sus cantos heridos, ensangrentados por el universo de la guerra, su terrible odio por las páginas y páginas desgastadas en la inmediatez del punto, su casi horror porque el sueño encuentre el alba, segundo a segundo heridos por el desgaste metafórico de millones y millones de entes coincidiendo en el círculo concéntrico de una misma imagen de la locura, sus voces implacables reclamando imaginación, su vómito

universal infinitamente reflejado en la cámara de los tiempos, fueron dejándonos en los costados y en la sien el apocalíptico dolor de lo nombrado. Ya no podíamos avanzar. Habían pasado los años. Ellos tenían las canas de la inmortalidad y nosotros las de la imaginación castrada. Estábamos a tiempo de abrir el espejo cuando fuimos jalados, de uno en uno, por los hilos de la muerte: de la emotividad, el intelecto y la visceralidad. El animal salía de su estado contemplativo, temblaba hacia los cuatro puntos como maldición o bendición wírrarika y nos multiplicaba. Los demonios se vengaron quedándose con nuestros sueños para que nunca recordáramos. Ahora estamos en el centro mismo del laberinto: en la extensa llanura de la página en blanco, quizá en la espera de la imposible ficción. ♦

